EL CEREZO DE SHINAGAWA

品川の桜

A.J. OGAYAS

EL CEREZO DE SHINAGAWA

EL CEREZO DE SHINAGAWA

A. J. OGAYAS

EL CEREZO DE SHINAGAWA

Lo más aterrador no fue contemplar el fin de mundo.

© A. J. Ogayas, 2020

Ilustración de cubierta: J. L. Espada
Primera edición: agosto 2020

ISBN: 979-86-7064-469-3

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infración de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

Personajes

Primera parte

Capítulo 1. El club de natación
Capítulo 2. Kaori Sato
Capítulo 3. Takako Heber
Capítulo 4. Nobu Miura
Capítulo 5. Azumi Sasaki
Capítulo 6. Ryuhei Katou
Capítulo 7. Yuu Watanabe
Capítulo 8. Daichi Kita
Capítulo 9. Shiro Bando
Capítulo 10. Megu Nishida

Interludio

Capítulo 11. Kenji Nakahara
Capítulo 12. La búsqueda de Ryuhei (I)
El prostíbulo ilegal

Segunda parte

Capítulo 13. Perdida
Capítulo 14. La desesperada huida de Hitomi Eto
Capítulo 15. De vuelta en el instituto
Capítulo 16. El mayor fan de una *idol* adolescente
Capítulo 17. Lucha en el cerezo
Capítulo 18. El descubrimiento

Interludio

Capítulo 19. Masato Bando
Capítulo 20. La búsqueda de Ryuhei (II)
La mansión del señor Tenma

Tercera parte

Capítulo 21. La reunión de los supervivientes
Capítulo 22. Dos besos en el fin del mundo
Capítulo 23. El hijo de un yakuza
Capítulo 24. Todos contra Hitomi
Capítulo 25. No tan muerto
Capítulo 26. El regreso de la capitana

Interludio

Capítulo 27. Takeo Watanabe
Capítulo 28. La búsqueda de Ryuhei (III)
La creación del tándem criminal

Cuarta parte

Capítulo 29. Takako ha de morir
Capítulo 30. El hilo rojo del destino
Capítulo 31. Tres chicas de secundaria
Capítulo 32. Atrapadas
Capítulo 33. A solas
Capítulo 34. El último concierto de Magic Clover
Capítulo 35. Un momento muy esperado
Capítulo 36. El perfecto cazador
Capítulo 37. La torre de humo eléctrico
Capítulo 38. El cerezo de Shinagawa
Capítulo 39. Lágrimas
Capítulo 40. Desaparecer para siempre

Epílogo

Extra. Canción Magic Clover: El brujo malvado

Agradecimientos

INSTITUTO SHINAGAWA

Alumnos del club de natación de tercero de secundaria

Jouji Shinkai

R.I.P.

Kaito Deguchi

El estudioso de 3º A.

Shiro Bando

Capitán masculino de natación. Nieto de Masato.

Masayuki Fukami

R.I.P.

Nobu Miura

Enamorado de Kaori Sato.

Hiro Motohashi

R.I.P.

Isao y Yoshio Yamamoto

Hermanos gemelos.

Yuu Watanabe

El as de los deportes. Hermano de Takeo.

Alumnas del club de natación de tercero de secundaria

Hitomi Eto

Delegada de clase de 3º C.

Azumi Sasaki

Capitana femenina. Novia de Kenji Nanahara.

Kaori Sato

Idol, integrante del grupo musical *Magic Clover.*

Ryoko Shiiba

Amiga de Megu Nishida.

Megu Nishida

Perteneciente al club de natación y de ikebana.

Takako Heber

De origen germano-japonés.
Aspirante a número uno de natación.

Reika Minami

Amiga íntima de Kaori Sato.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

El club de natación

Cuando Azumi Sasaki abrió los ojos, no reconoció dónde se encontraba.

Apenas veía nada, por lo que pensó que se acababa de despertar en mitad de la noche. Además, le dolía la cabeza y sentía una profunda pulsación en la sien. En cuanto pudo sentarse y expulsar los últimos vestigios del sueño, observó sus alrededores.

No se encontraba en su habitación; de hecho ni siquiera estaba en su casa. Enseguida identificó el familiar olor a cloro y sus ojos se dilataron, intentando enfocar. Estaba en la piscina de la escuela, pero ¿por qué demonios estaba allí tumbada en medio de la noche? Además, aún tenía el bañador puesto.

Se puso de pie, despacio. Sentía un fuerte mareo que le impedía orientarse.

Lo poco que podía ver a través de las amplias cristaleras de la piscina del instituto Shinagawa era un exterior tenebroso. Por si fuera poco, miles de partículas negras flotaban en el aire, oscureciendo aún más la noche.

Del pabellón interior de la piscina donde se encontraba solo podía distinguir unos pocos metros en cualquier dirección. Más allá, las formas perdían precisión en la oscuridad, pero pudo observar que había alguien tumbado cerca de ella. Se acercó poco a poco. Entre el dolor de cabeza y el vértigo, podía resbalar en cualquier momento.

Al llegar al cuerpo caído descubrió que se trataba de Yuu Watanabe; le reconoció enseguida por su inconfundible pelo largo.

—Ey, Yuu, despierta. —Le posó un dedo en la mejilla—. Vamos, Watanabe, ¿qué hacemos aquí?

Como Yuu seguía sin despertar, se impacientó y empezó a moverle los brazos y a pellizcarle.

—Vamos, tonto, Yuu, ¡despierta!

—Huuummm.

Con lentitud, abrió los ojos y estos tardaron en orientarse, pero la cercanía de Azumi, que le sujetaba la cara, le ayudó a volver en sí.

—¿Qué pasa? —preguntó, desorientado.

—Eh, no sé. Acabo de despertar yo también. Lo único que sé es que ha anochecido y seguimos en la piscina. ¿Por qué estamos de noche en el club de natación? —Azumi empezaba a darse cuenta de lo grave de la situación ahora que la exponía en voz alta. Su voz, se dijo, sonaba asustada.

—¿Es de noche? —preguntó Yuu, mirando en todas direcciones —. Joder, no se ve apenas. ¿Dónde está el profesor Ito?

Azumi calló, sin respuestas.

—Vale, Azumi, volvamos a casa.

Se puso en pie con ayuda de su amiga, y, con cuidado, emprendieron la marcha en dirección a la salida.

No habían avanzado más de seis o siete metros cuando Azumi tropezó con algo y cayó. Aunque pudo amortiguar la caída con la mano, se golpeó el codo. El bulto con el que había tropezado empezó a moverse y a lanzar maldiciones.

Era Takako Heber. Azumi la identificó por sus palabras antes de poder fijarse en sus rasgos.

—Mira dónde pisas, campeona —acusó—. No eres tan hábil fuera del agua.

En la oscuridad, el cabello rubio de Takako y sus ojos azules parecían los de cualquier otro japonés, pero su leve acento extranjero y su desprecio al pronunciar la palabra «campeona» eran inconfundibles.

—Heber, ¿estás bien? —Yuu le tendió el brazo, pero ella se levantó por sí sola, rechazando el gesto de ayuda.

—¿Qué ha pasado? Mierda, ¿es de noche? —preguntó Takako, confundida.

Azumi ya se había puesto en pie y se acariciaba el codo dolorido.

—No sabemos qué hacemos aquí, Heber. ¿Tú recuerdas algo? —preguntó Azumi.

—Aparte de ser pateada por ti, estábamos entrenando para la competición. —Mientras hablaba rebuscó en su mochila, a su lado, y encontró el teléfono móvil—. Mierda de móvil, sin cobertura ni mensajes, y encima pone que son las seis y media de la tarde. Y una mierda.

—Bueno, chicas, no sé qué ha pasado aquí, pero nos vamos. ¿Tenéis vuestras mochilas?

—Yo la tengo en el vestuario, en mi taquilla —dijo Azumi.

Takako agarró la suya, colgándosela al hombro por un asa.

—Vamos con cuidado; no queremos volver a caernos —dijo Yuu. Y echó a andar despacio, en dirección a los vestuarios.

—Ni golpear a otras chicas aspirantes al número uno —subrayó Takako con sorna. Cuando se dio cuenta de a dónde se dirigían, añadió—: ¿Salimos por el vestuario femenino, Watanabe? ¿Pretendes mirar a alguna chica desnuda a estas horas de la noche? Sea la hora que sea…

—Déjale en paz, Heber —espetó Azumi.

—Déjame ir la primera, tengo linterna —dijo ignorándola y, dando a un botón de su teléfono móvil, encendió la luz de *flash*—. Tecnología a la última —canturreó.

Apenas dieron un paso o dos cuando una voz los interrumpió.

—Hey… ¡Ayuda! ¡Os veo, aquí! —gritó alguien. Por su tono, se trataba de un chico.

Se dieron media vuelta y la luz del teléfono de Takako recorrió la piscina. A ninguno se le había ocurrido inspeccionar el lugar; estaban desorientados y querían volver a sus casas.

En el rápido recorrido realizado por la luz del móvil, vieron que no se encontraban solos. Había varias personas tumbadas alrededor de la piscina y, aunque las luces bajo el agua también estaban apagadas, distinguieron, con una creciente sensación de pánico, varios bultos flotando en la superficie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó otra persona.

—¿Chicos, estáis bien? —Otra voz, esta vez reconocible: el profesor del club de natación, Kiyoshi Ito. Azumi se sintió algo más tranquila al notar la presencia de un adulto—. No os mováis de donde estáis.

A pesar de la orden, Takako se movía con lentitud y, desoyendo a su profesor, arrastró sus pies descalzos hacia el borde de la piscina. Con ella se movía la única luz del lugar. La linterna de su móvil apuntó al interior y, cuando estuvo cerca, Takako se paró en seco. Hubo un momento de silencio opresor.

—¡Aaahhh! —gritó cuando finalmente se dio cuenta de qué eran aquellos bultos que flotaban en el agua.

Dejó caer el móvil, que se precipitó al suelo con el *flash* de cara al adoquinado, provocando que se vieran envueltos de nuevo en la oscuridad.

—¡Heber! —gritó Yuu—. ¡No te muevas, no pasa nada! ¡Tranquila! —Y avanzó hacia ella con los brazos por delante.

Varias voces se alzaron.

—¿Qué ocurre?

—¡Qué cojones!

—¿Dónde estamos?

—¡No pasa nada, Takako! —Era el profesor Kiyoshi—. ¡No te muevas!

Azumi veía a duras penas que Yuu había alcanzado a su compañera, que estaba agazapada cerca del borde de la piscina. Algunas luces se encendieron, procedentes de otros teléfonos móviles. Azumi se acercó a Yuu y a Takako.

—Takako, ¿qué ocurre? —preguntó, preocupada.

—¡Están muertos! —gritó.

—¿Qué?

—Mira en el agua, joder, ¡están muertos!

Azumi recogió el móvil de Takako y dirigió el haz de luz hacia el interior de la piscina. Tres cuerpos flotaban en la superficie. Esta vez la luz se quedó allí, congelada.

Varias voces empezaron a gritar.

Kaori Sato se despertó con una inquietante sensación de urgencia.

La audición para el nuevo *single* de Magic Clover era para la mañana siguiente. Debía tomar el Shinkansen esa misma tarde,

junto a sus tres compañeras del grupo y a su representante, y, una vez en Tokio, alojarse en el hotel de Shinjuku.

El éxito acarreado los últimos meses había sido desorbitado: habían conseguido entrar en el top 100 de grupos *idol* de todo Japón y la gente empezaba a reconocerla por la calle. No solo los compañeros de instituto y los más cercanos de su ciudad la identificaban y le pedían autógrafos y fotos, sino que incluso en Shibuya y Harajuku la gente la reconocía. Cada vez eran más las personas que, con timidez, se acercaban y le preguntaban si era Kaori Sato, de Magic Clover.

Si en alguno de estos paseos por Tokio estaba acompañada por las otras integrantes del grupo, Midori Aoki, Nanami Irie y Hana Yukimura, las interrupciones se multiplicaban; los fans se envalentonaban y los móviles salían de bolsos y bolsillos, y hacían fotos sin cesar.

Cada vez pasaba más tiempo ensayando con el grupo, haciendo mini conciertos, sesiones de firmas y, últimamente, posando para revistas, tanto sola como con sus compañeras.

La ilusión de Kaori por ser una *idol* famosa se estaba conviertiendo en realidad. Su carrera iba viento en popa, y lo mejor fue la llamada de su representante, hacía tan solo dos días.

—Kaori, enhorabuena. La discográfica ha decidido que serás la *center* en el próximo videoclip de Magic Clover.

Ella apenas había dormido y pensado en otra cosa desde que le comunicaron la noticia. Ser la *center* significaba que sería la protagonista de ese videoclip. Además de estar por delante durante casi todo el metraje, la mayoría de los primeros planos estarían enfocados en ella. Y nada más y nada menos que para la canción de Yokai Fruit, la más exitosa del disco.

Por eso, al entreabrir los ojos y ver que era de noche, sintió una opresión en el pecho al creer que no llegaría a tiempo de tomar el último Shinkansen a Tokio.

No tuvo tiempo de que sus sentidos se ajustaran a la realidad cuando escuchó que alguien la llamaba, a su lado.

—Eh, Kaori, despierta —decía una voz—. Ha ocurrido algo, Kaori. Tienes que despertar.

Poco a poco, se desperezó y pudo ver, gracias a la luz de varios teléfonos móviles, que se encontraba en la piscina del instituto Shinagawa. Unas doce personas estaban cerca de ella; algunos estaban en cuclillas, y hubiera jurado que alguna chica lloraba. La mayoría formaba un círculo alrededor de una de las personas más altas.

—¿Qué pasa?—preguntó Kaori. La había despertado su mejor amiga, Reika Minami.

—El profesor Ito quiere decirnos algo. Estábamos esperando a que despertaras. Creo que eres la última.

—¿La última?

—Creo que nos hemos quedado dormidos y, al despertar, ya era de noche.

—¿Que dices, Reika? —protestó ante lo absurdo de aquello.

—Ven, te ayudaré a levantarte.

Kaori sonrió por la amabilidad de su amiga. Algo raro ocurría. Quizás toda una aventura para contar en una entrevista en los medios. Nadie ni nada iba a poder con su optimismo innato.

Cuando las dos chicas se acercaron al resto de la gente, cerca de las gradas, Kaori vio caras largas y asustadas. Seguía sonriendo, pero pronto se le borró el gesto de su bonita e infantil cara.

Había escuchado a sus compañeros hablar en voz baja.

Ahora callaban.

Cuando llegaron junto a los demás, la figura del centro empezó a hablar. Se trataba de Kiyoshi Ito, el profesor de natación.

—Vale, ya estamos todos despiertos. Nos vamos a ir enseguida, chicos. Para los que acabáis de despertar, seré breve. Ante todo, no debéis de asustaros. Por algún motivo que desconocemos, nos hemos quedado dormidos y hemos despertado ya avanzada la noche. Puede que algún gas haya hecho que quedemos inconscientes. A pesar de ello estamos bien y, ahora que ha despertado Kaori, nos vamos.

—¿Por qué no funcionan la cobertura del móvil ni la luz de la piscina ni la de emergencia, profesor Ito? —preguntó Shiro Bando, el capitán masculino del club—. No se ve nada.

—Ha debido de haber un apagón general, seguramente debido a un terremoto. Iremos fuera y pediremos ayuda… —Y, bajando la mirada, añadió—: Hay que llamar a una ambulancia.

—¿Ambulancia? —preguntó Kaori, mirando a su amiga Reika.

—De nada va a valer una ambulancia, profesor. Los tres están muertos. —Kaori reconoció la voz de Takako Heber—. Muertos, joder.

—¡¿Qué?! —gritó Kaori, mirando al profesor en busca de la negación de una broma pesada por parte de una alumna.

—Cállate, Heber —dijo Azumi, la capitana femenina y número uno del club, muy a pesar de Takako—. No has parado de protestar desde que despertaste.

—¡Y qué demonios quieres que haga, Azumi! Se han ahogado Jouji, Masayuki y Hiro, joder. ¡Están muertos!

—¿Qué tonterías dice Heber? —preguntó Kaori a Reika. Aún esperaba que su amiga desmintiera eso, que dijera que era una broma o algo por el estilo. Sin embargo, solo negó con la cabeza y la agachó, abatida.

Kaori quedó obnubilada. Sintió que aquello no podía estar sucediendo, era una pesadilla. ¿Llegaba tarde a la audición en Shinjuku, acontecimiento que había sido el eje central de todas las horas del día y la noche en los últimos dos días y, para colmo, despertaba en la piscina, en penumbra, y tres de sus compañeros habían muerto ahogados?

«Ya, claro, Kaori. Sin duda la tensión acumulada se ha manifestado en un mal sueño, ¿eh?», dijo para sí.

—Eh, Kaori, no te preocupes, no pasa nada. Vamos a salir ya. —Era Nobu Miura, compañero de Kaori y de Reika. Si bien siempre habían estado en la misma clase, habían empezado a hablar hacía menos de un año, cuando ellas le propusieron que se apuntara al club de natación. Era el más bajito del club y no muy agraciado. Su sonrisa por agradarla era sincera y cálida.

—Gracias, Nobu —contestó ella, sin saber si estaba en su sueño o en la realidad. El dolor de cabeza era extraño. A ella nunca le dolía la cabeza, jamás. Sonrió, y pareció hacer feliz a Nobu.

El profesor Kiyoshi había seguido discutiendo con Takako.

«No, Kaori, no hay tres ahogados en esa tenebrosa piscina, tan cerca de ti», se repitió. «¿Has entendido mal o es un simple sueño?».

De repente, sin Kaori esperárselo, echaron a andar. Habían decidido marcharse *ipso facto.*

—Vamos a bajar a los vestuarios para cambiarnos y coger nuestras cosas. Las chicas, no os separéis —dijo Kiyoshi, señalando la entrada con la luz de un móvil prestado—. En cuanto estéis listas, volved a subir y nos reuniremos aquí. Juntos saldremos por los vestuarios femeninos.

Esta vez Takako no hizo ninguna broma sobre mirar a chicas desnudas.

Las siete chicas se cambiaron en silencio, turnándose para pasarse los teléfonos e iluminar a aquellas a las que les tocaba cambiarse. Se quitaron los gorros de natación y los bañadores de nailon azul oscuro y se vistieron con los uniformes del instituto Shinagawa; en esa estación del año las chicas vestían con blusa blanca al estilo marinerito y corbata roja, minifalda de fondo blanco y cuadros negros, medias por debajo de las rodillas. Mocasines de color chocolate conformaban la totalidad del uniforme.

Azumi, que no había llegado a meterse en el agua esa tarde, decidió dejar su largo cabello azabache sin recoger y ponerse la ropa encima del bañador para ahorrar tiempo; estaba tan acostumbrada a él que era como una segunda piel, y la confortaba en una situación como aquella.Takako dejó también su rubio pelo suelto. Al tenerlo cortado en varias capas cerca del cuello, no la molestaría en absoluto.

Kaori se puso dos gomas a los lados de la cabeza, haciéndose las coletas de manera profesional, y se abrochó su fino colgante de plata alrededor del cuello. Reika, a su lado, anudó su largo cabello en dos largas trenzas a la misma velocidad.

Hitomi, que miraba cada rincón como si de él pudiera salir un monstruo que las devorara en cualquier instante, optó por ponerse

una sencilla cinta negra en la cabeza, coger su mochila y colocarse junto a Azumi y Takako, a las que consideraba las más fuertes.

Ryoko, delgada y de rostro ovalado y anodino, se recogió el pelo en una sola coleta, y Megu fue la que más tardó en arreglarse. Aparte de ponerse el uniforme con la meticulosidad que la caracterizaba, dedicó tiempo a colocarse todos sus anillos y pulseras. Incluso se permitió el lujo de ponerse los pendientes de las orejas… Eran más de dos…, y más de cuatro. Optó por dejar su cabello, casi tan largo como el de Azumi, suelto, aunque el suyo no era un color natural, sino teñido de castaño claro. Tenía pensado vestirse con su ropa de calle, pero, como vio que sus compañeras se vestían con el uniforme, decidió hacer lo mismo y guardar esa ropa en su mochila.

Una vez terminaron de vestirse, se encaminaron afuera para reencontrarse con los chicos y el profesor, en silencio.

Cuando salieron de los vestuarios vieron que los chicos ya se habían cambiado y las esperaban, también en silencio. Vestían sus uniformes de color negro y botones dorados de arriba abajo, pantalones de pierna recta y cinturón negro. Eran seis chicos, ahora que habían dejado los cadáveres de los tres ahogados apartados a un lado del puesto de socorrismo y cubiertos con unas mantas.

Se trataba de Yuu Watanabe, Shiro Bando —el atractivo capitán—, Kaito Deguchi —el sabelotodo de tercero—, Nobu Miura y los hermanos gemelos, Isao y Yoshiro Yamamoto.

El plantel masculino terminaba con el profesor Kiyoshi Ito, que también se había cambiado y vestía pantalones chinos y una camisa a cuadros verde.

—Si estáis listos, nos vamos —anunció, y solo fue contestado por miradas firmes y asentimientos de cabeza.

Los alumnos acompañaban sus pasos de la luz de sus propios teléfonos móviles. Siguiendo al profesor, que iba a la cabeza, iban, en primer lugar, Yuu, alto y atlético, con su pelo largo tan bien cuidado. A su lado, Azumi, con sus torneadas piernas que se podían ver por debajo de la minifalda. Un paso por detrás de Azumi se

colocaba Takako, con cuerpo escultural y cruce de rasgos europeos y asiáticos. Había aparecido en una revista de deportes como futura promesa de la natación japonesa y caminaba como si fuera superior al resto de mortales.

«No te lo creas tanto, Heber».

Kaori pensaba que Takako parecía negarse a que Azumi fuera por delante, como si de otra de las carreras de natación se tratase: siempre detrás de la capitana por tan solo unas décimas de segundo. Tras ellos iban los demás, chicos y chicas, y, cerrando el paso, Kaori, Nobu y Reika, lo cual no gustaba nada a Kaori, que no paraba de mirar atrás. La luz de los teléfonos se dirigió hacia los vestuarios y el pabellón de la piscina quedó en tinieblas. No había visto los supuestos cadáveres de los tres chicos y por supuesto no creía que aquello fuera posible. Aun así, miraba con miedo hacia atrás continuamente… Quién sabía qué podría…

Vio que Nobu se paraba unos momentos para cerrar el paso. Debía de haberse percatado de que ella tenía miedo de aquella oscuridad. Kaori suspiró, agradecida.

Despacio, atravesaron los vestuarios femeninos, subieron los escalones y se dirigieron a la salida del instituto.

Esperaban abrir la doble puerta de madera y encontrar al fin algo de luz; la producida por la luna y por las farolas de la calle. Cuando Kiyoshi abrió la puerta, el club de natación de tercero de secundaria de la escuela Shinagawa empezó a salir en silencio.

Kaori llegó la penúltima a la salida y observó el exterior. Algunos de sus compañeros empezaron a maldecir. La nada había conquistado también el exterior.

—Este sueño no es muy original—se dijo.

Azumi se llevó un dedo a la nariz y lo observó con curiosidad. La sustancia adherida a él parecía ceniza. Al principio habían creído que lo que se precipitaba del cielo era una fina llovizna. Azumi comprobó que no era solo agua…

Fijó su mirada en el horizonte. La oscuridad reinaba hasta donde llegaba su vista, aunque no era absoluta gracias a la gran

luna llena; diríase que observaban una noche cerrada en un pueblo retirado, sin altos edificios ni rascacielos. No era el caso de la ciudad de Utsunomiya, en la prefectura de Tochigi. Un apagón a gran escala podría responder a las preguntas sobre la ausencia del alumbrado eléctrico y la falta de datos móviles en los teléfonos. No obstante, eso no era lo más grave de la situación. Los ojos de los integrantes del club de natación estaban absortos mirando el exterior.

El edificio escolar y el patio estaban intactos. Podían ver los árboles cercanos y el gran cerezo al frente y las canchas deportivas a su izquierda. Sin duda, la zona del *parking,* en la parte de atrás, y el huerto, que tampoco podían ver desde su posición, se mantendrían en perfecto estado, pero…, no hacía falta mirar muy lejos para darse cuenta de que las cosas no estaban muy bien ahí afuera. Más allá del patio del instituto, rodeado por la valla, el terreno parecía desaparecer.

La falta de edificios era el principal choque visual con el que se encontraban. No era solo la falta de luz de las viviendas y del neón de los establecimientos que de ellos se debería desprender, sino que no estaban allí. Azumi, sin dejarse llevar por el terror, observó que había algo en el lugar dónde deberían poder ver las construcciones más altas a su alrededor, como el hotel de doce plantas cercano al instituto, al otro lado de la avenida Miyamoto. Se diría que eran las ruinas de los mismos edificios, derrumbados y muertos, como si un tsunami o terremoto los hubiera derribado.

Y según recorría la familiar zona con su mirada, todo parecía igual en el monótono paisaje.

En ruinas.

Farolas caídas en medio de las calles, algún vehículo volcado, como un autobús escolar, que era el objeto más grande cercano a ellos, volcado lateralmente.

Azumi se preguntó si su familia y sus amigos se encontrarían bien, y sobre todo sintió una gran inquietud por su novio, que casi con toda seguridad habría ido a buscarla a la salida del entrenamiento, como hacía con frecuencia.

«Kenji tiene que estar bien, seguro que esto no es tan malo como parece».

No tuvo tiempo de pensar en nada más porque las voces de sus compañeros se elevaron al cielo.

—¿Qué pasa aquí?

—Esto… no puede ser verdad.

Cada vez más voces se alzaban, hasta que una las interrumpió a todas.

—¡Qué! ¡Esto no puede ser verdad! —Era la pequeña Hitomi quién gritaba—. ¡Qué pasa aquí, joder!

Se apresuró en dirección a la puerta del instituto, atravesando el patio a la carrera.

Kiyoshi y Yuu corrieron detrás de ella. El profesor llegó primero a su altura y la agarró del hombro, pero Hitomi se liberó de un manotazo y logró atravesar la puerta del instituto.

—¡Hitomi, no puedes salir ahí fuera tú sola! —gritó Yuu.

Apenas había recorrido unos metros afuera, pareció perder fuelle en su *sprint* y Yuu la alcanzó, agarrándola con un brazo alrededor de la cintura. La diferencia de fuerza entre los dos era insalvable para ella.

—Tranquila, Hitomi, no pasa nada —susurró Yuu, tratando de calmarla.

Ella resoplaba. Los ojos se le salían de las órbitas y temblaba con exageración.

—¿Qué-qué ha pa-pasado?

—No lo sé. Tiene que haber una explicación. No desesperes, Hitomi.

Shiro llegó junto a ellos, seguido del profesor, y los tres llevaron a Hitomi al instituto, atravesando de nuevo la puerta.

Cuando llegaron cerca del resto, Hitomi cayó al suelo, se cubrió el pequeño rostro con las manos y lloró.

—¡Qué-mierda-ha-pasado-aquí! —gritó Takako.

—¿Un terremoto? —preguntó Kaito Deguchi, el cerebrito de 3º A, ajustándose sus gafas—. No obstante, no entiendo el motivo por el cual el instituto no se ha visto afectado.

—¿Dónde está la policía…, los bomberos…? —preguntó Nobu, junto a la callada Kaori.

—Helicópteros —apuntó Azumi—. Si ha habido un terremoto, ¿por qué no hay ninguno sobrevolando la zona?

—¿Qué hacemos, profesor? —preguntó Takako, insistente.

Kiyoshi Ito estaba tan perdido como el resto de sus alumnos de quince años, a pesar de lo cual, doblándoles en edad, tenía que seguir unas pautas y dirigir a sus alumnos hasta que fueran rescatados. Debía mantenerse sereno, a pesar de que hubiera deseado no ser él quien tuviera que hacerlo.

—Como ha sugerido Kaito, ha debido de ser un terremoto de gran escala, quizá de nueve o más. Debimos de desmayarnos al liberarse alguna bombona de dióxido de carbono. Ayer llegó un camión que sustituyó las antiguas. Quizá el terremoto hizo que se liberase el gas y hemos despertado cuando ya había pasado.

—¿Y dónde está toda la gente y los servicios de emergencia, profesor? —inquirió Takako. Descargaba su furia en la única figura adulta.

—Ni siquiera puedo hacerme una idea sobre qué les habrá sucedido a las personas que se encontraban en esa zona cuando ocurrió el accidente… Me temo que ha muerto mucha gente… Lo siento, chicos, no sé qué más deciros. Respecto a los equipos de emergencia, supongo que estarán de camino. Esperaremos a que lleguen hasta nosotros.

—¿Y los heridos, profesor Ito? —preguntó Azumi—. Parece que no hay ambulancias ni bomberos, pero habrá cantidad de víctimas con necesidad de atención urgente. Tenemos que ayudarlas, traerlas al instituto.

—Estoy con Azumi —contestó Yuu—. Hay que ayudar a la gente que pueda necesitarnos.

Kiyoshi no sabía que decir. O mantenía a sus chicos seguros dentro del instituto o dejaba ir a algunos en busca de gente.

Shiro alzó el brazo, como si de una clase se tratara, y habló, con los ojos llenos de valor y esperanza.

—Profesor, no podemos dejar a personas heridas muriéndose ahí fuera.

—Podemos enviar un pequeño equipo cerca del instituto, por si alguien necesita ayuda, y otros podemos coger el material médico de la enfermería y traerlo hasta aquí para atender a aquellos heridos que podamos encontrar —apuntó Kaito.

—Buena idea. —Shiro guiñó el ojo—. ¿Verdad, profesor Kiyoshi?

El profesor meditó su respuesta, acariciando su perilla.

—Iremos a mirar, solo un rato y sin alejarnos demasiado. Y tenemos que ser seis voluntarios. Si no, nadie sale —sentenció—. Por supuesto, yo abro la marcha.

—Claro —sonrió Shiro—. Bueno, si no me equivoco, ya somos cuatro. Azumi, Yuu, usted, profesor, y yo mismo. ¿Quién más se apunta?

—¿Hace falta preguntar? —Takako alzó el brazo—. ¿A qué esperamos?

—¿Alguien más? —preguntó Shiro.

El resto de los compañeros, a excepción del propio Kaito, que se hallaba junto a ellos, estaban algo más atrás; los gemelos Isao y Yoshio Yamamoto consolaban a la aún llorosa Hitomi. Un par de alumnas —Ryoko Shiiba y la llamativa Megu Nishida— se habían acercado al cerezo y lo observaban, como si fuera algo interesante en medio de aquel panorama devastador.

Detrás del todo estaba el trío formado por Kaori, Reika y Nobu, en silencio.

—V-vale, yo también voy —dijo Kaito.

Kiyoshi sonrió, consciente de la valentía de Kaito, el chico con pánico al agua que hacía unos años se había decidido a afrontar sus miedos y apuntarse al club. Ahora era uno de los más rápidos en natación.

—Somos seis —apuntó Azumi.

Asintieron.

—Mientras estamos fuera no quiero que hagáis nada. Id dos personas a la enfermería, los demás esperad aquí. —Como se dio cuenta de que las órdenes eran muy vagas y que había que dejar a alguien al mando, añadió—: Nobu, no te quedes ahí plantado. Encárgate de esto mientras estamos fuera. Recuerda, solo dos a la

enfermería y nos esperáis aquí.—Y en voz baja, añadió—: Nobu, confió en ti.

El chico asintió, con un nudo en la garganta.

—Y por favor, id a avisar a Megu y Ryoko de que nos vamos. ¿Qué hacen ahí? —preguntó Kiyoshi—. No deberían alejarse tanto.

—Iré yo, esperadme un momento —dijo Shiro, y se acercó a las chicas.

Era 23 de marzo y el árbol bajo el que estaban sus compañeras se encontraba en floración. Era un frondoso cerezo que alcanzaba casi el centenar de años, el símbolo del instituto. Sus gruesas ramas estaban llenas de flores rosadas y su enorme tronco de corteza rojiza abarcaba más de un metro de diámetro en la base. De altura, si no alcanzaba los diez metros, poco le faltaría.

Shiro pensó que Ryoko y Megu se habrían alejado del resto para mantener una conversación privada en la que animarse mutuamente o para orinar a escondidas. Suponía que en el vestuario ninguna había orinado; era demasiado aterrador hacerlo en las tinieblas de los baños únicamente rotas por la luz de sus móviles, y en los cuales hasta los chicos habían experimentado temor por cada sombra o sonido que los demás producían, como si de un terrible yurei se tratara. Era casi gracioso pensar que en la situación en la que se encontraban aún eran capaces de imaginar seres fantasmales que los acecharan y quisieran llevárselos al otro mundo junto a los tres compañeros ahogados, aquellos que Shiro había sacado del agua junto al profesor Ito y a Yuu… Recordar los rostros de sus amigos y cómo los habían arrastrado hasta el puesto de socorrismo para taparlos con una manta hacía que se le helara la sangre… Se sobrepuso, dando un paso más hacia Ryoko y Megu… Sí, ver la aristocrática cara de Megu le haría sentirse mejor, y despedirse de ellas conseguiría darle algo del ánimo que fingía derrochar con los demás.

Estaban tan absortas hablando entre ellas que se sobresaltaron cuando escucharon las pisadas del chico. Ryoko soltó un gritito de sorpresa.

—Perdonad, chicas. Vamos a salir cinco de nosotros con el profesor para investigar la zona y comprobar si alguien necesita

nuestra ayuda. Os pide que no os alejéis y os mantengáis junto al resto.

—¿Qué? —preguntó Megu—. No creo que lo más aconsejable en estas circunstancias sea separarnos. ¿No sería más sensato quedarnos juntos? O irnos todos, si eso es lo que se decide.

—La idea es salir solo un rato, y ha dejado a Nobu a cargo. Me temo que no todos están en condiciones para salir de expedición… Algunas de las chicas están desbordadas…

—Lo sé —contestó Megu—. Hemos escuchado a Reika y a Hitomi llorar, y Kaori… —Meneó la cabeza y miró hacia abajo—. Parece que está cambiando su ánimo… La he visto llorar, gritar y con la mirada ausente en el intervalo de unos pocos minutos.

—Justo por eso necesitamos encontrar ayuda cuanto antes.

—Vale, vamos con vosotros —concluyó Megu.

—No, el profesor ha sido claro al respecto: solo saldremos seis.

—¿Y quiénes sois los afortunados? —intervino Ryoko.

—Vienen con nosotros Yuu, Kaito, Takako y Azumi.

—Vaya, buen equipo —reconoció Megu—. Está bien, id tranquilos. Enseguida volvemos con los demás.

—Gracias por comprenderlo, chicas. —Les sonrió e inclinó levemente la cabeza a modo de agradecimiento.

—Y, Shiro… —Megu se mordió el labio inferior, de manera casi imperceptible—. Ten cuidado, por favor, yo…

Le miró a los ojos con intensidad, como si quisiera trasmitirle algo que no pudiera decir con palabras, y acompañó la mirada de una ligera reverencia.

—No me gustaría que ninguno más sufriera un accidente —concluyó Megu.

—Cuidaos, por favor —convino Ryoko.

—Descuidad, ¡estaremos bien! —Les guiñó un ojo y Megu se sonrojó, aunque Shiro no pudo apreciarlo en la oscuridad. Alzó la mano a modo de despedida y se giró, volviendo junto al pequeño grupo que le esperaba.

La breve visita a las dos chicas había conseguido animarle.

Unos segundos más tarde, los seis voluntarios salían del instituto. Únicamente llevaban con ellos sus teléfonos móviles y una

férrea voluntad por encontrar respuestas.

Capítulo 2

Kaori Sato

Kaori era tremendamente feliz en su trabajo como *idol*, y veía asombrada día a día cómo ascendía en popularidad. Si bien el lado malo de ser un ídolo adolescente no tardó mucho en dejarse ver.

Su cuenta de Instagram recibía molestos mensajes de tono obsceno. Eran comunes los mensajes de ánimo y los levemente picarones, pero cuando recibió ciertos mensajes en su bandeja de entrada, decidió bloquear al instante a ese usuario con el *nick* de @Todoxunahoja.

Nadie había sido tan directo con ella en su vida.

«Kaori chan, me gustaría lamer cada centímetro de tu cuerpo. Tu cuerpo parece demasiado pequeño para el mío, sin embargo, seguro que tu coño aguanta todo lo que le den. ¿O prefieres esperar a que te crezcan las tetas?».

Los mensajes se sucedían en ese tono, por lo que no siguió leyendo.

Otro de los momentos más incómodos que sufrió fue la sesión de fotografía para la revista Idol Street, que se iba a llevar a cabo en la tercera planta del centro comercial Center 101, a primera hora de la mañana, cuando apenas habría clientes.

Era la segunda integrante de Magic Clover en posar a solas, detrás únicamente de la líder del grupo, Nanami Irie, y su nerviosismo e ilusión no podían ser mayores. Llegó a las nueve de la mañana y el equipo de maquillaje y vestuario ya estaba listo, así como el escenario donde iba a posar; el pasillo entre la tienda de Uniqlo y la de videojuegos, con la cristalera que daba a la calle tras ella, dejaba ver el paisaje urbano de los edificios que poblaban la ciudad.

Su representante, un fotógrafo y uno de los directivos de la revista estaban allí para recibirla con grandes sonrisas y exageradas reverencias.

—Señorita Sato, bienvenida. Por favor, venga por aquí —dijo el directivo, y la hizo pasar a la tienda de Uniqlo, que hacía las veces de camerino. Tres mujeres la vistieron y maquillaron.

Era, quizá, demasiado atrevida. Exquisita lencería blanca de finos bordados. Aunque estaba cubierta con una capa semitransparente abrochada con botón escarlata a la altura del cuello y unos pantalones vaqueros cortos que, más tarde, se quitaría en medio de la sesión. La peinaron con dos coletas a los lados, adornando con un pompón negro una de ellas y la otra con uno de color naranja. Cuando se miró en el espejo pensó que estaba más guapa que nunca. Sus ojos almendrados eran tremendamente expresivos y brillaban por la emoción, su diminuta nariz y su boca eran tan bonitas como las de las *idols* más famosas de todo el país.

Cuando salió de la tienda de ropa la llevaron a la sesión. Habían colocado varios trípodes con sus respectivas cámaras y una alfombra de pelo rosa y redonda se extendía en el medio.

—Vamos a empezar, señorita Sato —dijo su representante—. Haz lo que te diga el fotógrafo y tranquila: estás espectacular. —Sonrió, eufórico.

Algunos de los clientes más madrugadores se toparon con la sorpresa de la sesión de fotografía y pasaron de largo dirigiendo leves miradas indiscretas a Kaori.

—Ahora desabróchate los pantalones, Kaori, despacio —dijo el fotógrafo—. Y sonríe.

La sesión casi había llegado a su final cuando Kaori se percató de que una persona ajena a los trabajadores estaba muy cerca de ella.

Se trataba de un chico muy gordo; su cara estaba tapada por la gran cámara de video con la que la grababa. Vestía ropas mucho más grandes de la que necesitaría para su talla y llevaba colgada una mochila a los hombros.

Kaori le miró, desconcertada y avergonzada, pues se encontraba prácticamente en ropa interior. Algunos de los trabajadores siguieron la dirección de los ojos de Kaori y se percataron de la presencia del fotógrafo *amateur.*

—¡Eh, fuera de aquí! —le gritaron.

El representante de Kaori se acercó con rapidez hacia el indeseado y le pidió, enérgico, que dejara de grabar. Cuando apartó la cámara de su cara, Kaori vio que era bastante feo y su rostro estaba plagado de sebáceos granos. A pesar de lo gordo que estaba, no creía que fuera mucho mayor que ella. No dijo ni una sola palabra; solo bajó la mirada y se retiró de allí.

—Vale Kaori, con esto acabamos, llévate la botella a la boca. Y deja que un poco de líquido se derrame por tus labios —dijo el fotógrafo. Antes de obedecer dirigió una última mirada al muchacho, que se había girado y la volvía a mirar.

Algo en la mirada de aquel chico le provocó un escalofrío. Su estado de ánimo no volvió a ser el mismo aquel día, pero al menos la sesión de fotos había sido un éxito. La revista lanzada a la semana siguiente vendió por encima de su media y la chica de la portada era ella.

El incidente más reciente relacionado con su carrera de *idol* ocurrió una semana antes de la llamada de su representante comunicando que sería la *center* para el videoclip de Yokai Fruit.

El mensaje procedía de nuevo de Instagram, si bien esta vez de su cuenta privada. No podía saber quién era aquella persona, sin fotos en su perfil, que había accedido a su cuenta privada. Pese a ello, el tono del mensaje le hizo pensar que se trataba de la misma persona que semanas atrás había bloqueado por sus mensajes obscenos, aquel misterioso @Todoxunahoja.

«Hola de nuevo, Kaori Chan, tengo un amigo que quiere conocer a todas tus amiguitas… y yo deseo que seas mía. ¿Quieres que vaya a verte a tu casa? ¿O mejor a tu clase? 3º C del instituto Shinagawa, ¿verdad?».

Y nada más.

Quien fuera el que escribía esos mensajes , conocía datos que nunca se nombraban en las entrevistas ni en las páginas webs, pues estaba terminantemente prohibido proporcionar esa clase de información personal.

De nuevo experimentó un escalofrío, como el que había sentido el día de la sesión de fotografía en el centro comercial. Cerró el ordenador y maldijo a los desviados mentales que se dedicaban a molestarla a ella y a chicas como ella.

—Putos enfermos —dijo en voz alta.

Reika ofreció una lata fría de té verde a Kaori, que se había sentado y observaba el desolado exterior como si de una curiosa noche estrellada se tratara. Tomó la lata y bebió hasta la mitad.

—¿Qué tal se encuentra Hitomi? —preguntó tras beber.

Reika se encogió de hombros.

—Bueno, ya no llora.

—Eso está bien. —Kaori pensó durante un momento y añadió —: ¿Y Nobu?

—Ha mandado a Isao y Yoshio a la enfermería. El profesor Kiyoshi le dejó al mando.

Kaori asintió.

—Todo va a salir bien —dijo Reika, su mejor amiga de clase, al verla tan ausente—. Seguro que nuestras familias están bien.

—Me pregunto cuándo despertaré —dijo Kaori, ignorando a Reika.

—¿Despertar? No estamos soñando, me temo. —Se arrodilló junto a ella—. No desesperes, Kaori. Ha ocurrido algo horrible, pero estaremos bien —dijo, y sonrió—. ¿Cómo no estarlo con las super estrellas del equipo? —Y, poniendo una voz grave para intentar quitar importancia al asunto, nombró a varios de sus compañeros a la vez que contaba con los dedos de su mano—: Shiro Bando, Yuu Watanabe, Azumi Sasaki y Takako Heber. No me imagino en mejores manos.

—Heber es una puta rancia —dijo Kaori, como solían llamarla cuando se metían con ella en secreto.

—La puta rancia más fuerte que conozco —añadió Reika, y como seguía viendo algo ausente a su amiga, la abrazó. Permanecieron así unos segundos, sin decir nada más.

Unas lágrimas silenciosas recorrieron el rostro de Kaori.

—Es que esto no puede ser verdad. —Y ahora fue ella la que enumeró, si bien su lista fue mucho más nefasta—: Masayuki, Hiro, Jouji. ¿De verdad han muerto?

Se miraron a los ojos. Las puntas de sus narices casi se tocaban. Reika asintió.

—Tú fuiste la última en despertar, pero yo vi cómo el profesor Ito recogía los cadáveres de los tres. Flotaban, era horrible ver aquello… Él, Yuu y Shiro comprobaron que estaban muertos. Pusieron los cuerpos a un lado del puesto de socorrismo, lejos de nosotros, y los taparon con una lona. Creo que eran los chicos que estaban nadando en el momento del accidente.

—Entonces todo esto demuestra mi teoría: un sueño —razonó Kaori.

—Kaori, basta; me estas asustando. —Ahora era Reika la que lloraba—. Puedo hacer frente a esto si estás conmigo… No te vuelvas loca ni te enajenes, por favor.

Kaori sonrió, triste. Era posible que su amiga no quisiera escuchar lo que tenía que decir. No obstante, debía exponer en palabras lo que su cerebro empezaba a vislumbrar.

—Vale, Reika, no sé si esto es la puta realidad, un sueño de mierda o una experiencia extrasensorial compartida —rio—. Escucha. Hoy tenía que salir para Tokio. Debía dormir en el hotel de Shinjuku junto a mis tres compañeras de Magic Clover. Llevo sin pensar en otra cosa durante días. ¿Y de repente despierto y no solo es de noche y he perdido mi tren, sino que además ha habido un terremoto o algo que ha afectado a toda la ciudad menos el instituto, que está como si nada?

Reika tragó saliva. Kaori siguió hablando.

—El profesor Ito dijo que a causa del terremoto pudo ocasionarse un accidente con las bombonas de dióxido de carbono, pero ¿tú has visto algo volcado en la piscina? Porque yo no. —Jugueteó con su cadenita de plata, de la que colgaba un pequeño colgante de un trébol de cuatro hojas con su nombre grabado en él —. Todo muy real. ¿Y sabes lo mejor?

Reika no decía nada. Se había puesto lívida y tragó saliva.

—Me sorprende que nadie haya caído en esto…, en especial el profesor. Me has explicado que los cadáveres de Masayuki, Hiro y Jouji flotaban, ¿verdad?

Reika asintió.

—¿Y qué?

—¿Es que habéis olvidado lo más básico sobre las personas ahogadas? ¿Cuál es la causa más habitual por la que una persona que se ahoga fallece?

—No sé a dónde quieres llegar con esta conversación, Kaori.

—Contesta, por favor.

Reika se llevó un dedo a la punta de la nariz, y se la acarició con gesto reflexivo.

—Supongo que es porque los pulmones se llenan de agua.

—Incorrecto. Esa sería la respuesta que daría la mayoría. Sin embargo, lo más habitual es que la persona que se ahoga se asfixie porque la tráquea se cierra ante la presencia del agua.

—Vale, probablemente murieron por eso, ¿y qué?

—Que si fallecieron de esta manera deberían de flotar solo durante un corto período de tiempo…, y nunca durante horas. Si ha pasado el tiempo que decís que ha transcurrido deberían de estar hundidos. Solo mucho tiempo después, cuando sus pulmones se llenaran de agua y sus cuerpos hubieran empezado a descomponerse…

—¡Para! —gritó Reika—. Es horrible lo que dices. ¿Por qué diablos…?

—No ha transcurrido el tiempo que creéis, y no es de noche. Mira —dijo, y con el índice señaló el cielo. Reika alzó la mirada, llevándose una mano a la cabeza a modo de visera, ya que la llovizna que caía sobre sus rostros le molestaba. Kaori señalaba la luna, y no entendió muy bien qué era lo que quería decir. Pero muy pronto se dio cuenta de su error. Eso no era la luna.

—¡Joder! —gritó, poniéndose de pie—. ¿Qué mierda es eso?

—¿Y qué va a ser, Reika? ¿Qué hora dice tu teléfono que es?

—No me hace falta mirarlo —contestó—. Pone que son las 18.30. La hora debió de pararse a causa del accidente.

—¿La de todos los teléfonos, Reika? ¿De verdad crees que internet se ha visto afectado? Es la hora que tu teléfono indica, y eso no es la luna. Es el sol. Aún es de día, aunque pronto anochecerá.

El astro que les iluminaba levemente era, en efecto, el sol, ensombrecido por un manto de humo y ceniza de tal magnitud que nadie, salvo Kaori, se había percatado de ello.

—Por favor, no puede ser… —Su voz se quebraba—. No se ve nada.

Y Kaori asintió.

—Menudo sueño de mierda, ¿eh?

Cuando Nobu, que había estado ocupado mandando a los gemelos Isao y Yoshio a la enfermería y consolando a Hitomi, escuchó llorar a Reika, fue corriendo a ver qué pasaba. Lloraba y temblaba, y no atendía a razones.

—No puede seeer —lloraba—. No puede seeer, mamá.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nobu.

Kaori se sentía mal por haber dicho la verdad a su mejor amiga. Quizá debía haberse callado. Fuera o no una pesadilla, era triste ver así a sus amigos. Desconocía la reacción que Nobu tendría si le mostraba el sol oscuro, por lo que decidió no mencionarlo. Como tampoco quería mentirle, optó por no decir nada.

—Tranquila, Reika, pronto llegará el rescate —dijo Nobu, y la abrazó.

Gracias a Buda, o a cualquiera de los dioses que los asistía, la enfermería no estaba muy lejos de la entrada del edificio escolar. Bastaba tomar el descansillo principal a la derecha, dejar atrás la secretaría y la sala de profesores para girar de nuevo a la derecha y encontrarse frente a la puerta de la enfermería.

Los gemelos, Yoshio e Isao Yamamoto, encaminaban su búsqueda del material médico dirigiendo la luz de sus teléfonos al

frente, a los lados, a sus espaldas, al suelo… e incluso, con temor, al techo.

Nunca se sabía qué peligros los acechaban… para la imaginación de los hermanos, grandes consumidores de películas, videojuegos y mangas de terror y ciencia ficción, todo era posible. Al fin y al cabo, ¿podían estar seguros siquiera de lo más básico? ¿Cómo podían saber que aún estaban en el mundo de los vivos?

Habían despertado en medio de sombras, gritos y lloros que hicieron que sus corazones saltaran con violencia. Tres compañeros muertos, ahogados y flotando en el agua de la piscina. Y afuera, bajo un cielo taponado por un manto de espesas y negras nubes, un espectáculo de muerte y destrucción. ¿Estaban acaso viviendo una especie de apocalipsis como los que tanto habían leído en sus mangas?

«No», pensaron. «Es más probable que este sea el mundo de los muertos. Que los únicos que hemos fallecido seamos nosotros».

—Cogemos lo básico y salimos afuera, con los demás —dijo Isao, abriendo la puerta de la enfermería—. Me pone los pelos de punta estar aquí dentro.

—Desde luego. Preferiría mil veces estar afuera con Nobu, consolando a las chicas —rio Yoshio.

Y entraron.

La tenue iluminación que salía de sus teléfonos, unida a su imaginación, dibujaban la enfermería como una auténtica sala de los horrores.

Varios frasquitos de medicinas se acumulaban en uno de los estantes, dentro de los cuales flotaban sustancias desconocidas y de aspecto inquietante. El estetoscopio, dejado a un lado del esctritorio, daba la impresión de ser un material cibernético maligno, listo para saltar hacia ellos y abduccirlos.

Las dos camas de la sala, cubiertas de arriba abajo por un visillo blanco, podían esconder a una persona descansando en ellas, o incluso un alma en pena o fantasma vengador, listo para mostrarles el horror de la locura más absoluta. Yoshio, a pesar del temor reverencial que sentía, no pudo resistirse a la tentación de descorrer el visillo y otear en su interior. Así su miedo se disolvería por

completo, podría volver a respirar tranquilo y deberse a su labor, con la tranquilidad de que ningún ser de ultratumba los acechaba en las sombras.

Con una mano temblorosa agarró el visillo y lo descorrió de un fuerte tirón.

—¡Aaahhh!

Su corazón se desbocó. Yoshio dio un respingo, sintió que sus testículos se encogían y agarró con tal fuerza el visillo que tiró hacia abajo y desprendió varias anillas de la barra que lo sostenía.

Se giró, espantado, pues el grito no había salido de su garganta, sino de la de su hermano.

—¡¿Qué pasa?!

Isao sostenía el móvil con mano temblorosa, apuntando al esqueleto humano que clavaba su mirada hueca en ellos.

—Joder, qué susto me ha dado, no me acordaba de esto —dijo Isao, mirando a su hermano y suspirando.

—¡Serás cabronazo! Casi me matas del susto.

—Lo siento. Yo sí que me he asustado.

Yoshio se dio cuenta de que todavía no había mirado en la cama. Antes de girarse para mirar lo que ocultaba el visillo, se acercó un poco a su hermano, no fuera a ser que lo que descubriera le espantara tanto o más como el esqueleto había hecho con Isao.

Dirigió la luz a la cama y…

Nada, completamente vacía.

Yoshio suspiró.

—Cojamos lo que necesitemos y vámonos —dijo, sombrío. Esta vez no pensó en consolar a las chicas. Salir de ahí y reencontrarse con sus compañeros sería suficiente recompensa para él.

No pedía nada más.

Con seis de las personas más fuertes fuera del instituto, dos de los chicos en la enfermería y varias chicas incapacitadas por el miedo siendo consoladas por el chico que parecía haber quedado a cargo, Ryuhei Katou, Daichi Kita y Naoki Yoshida hicieron su entrada estelar.

Llegaron como tres salvadores, con tres linternas eléctricas de las que se usan en caso de grandes catástrofes. Habían estado observando desde las ventanas de una de las aulas del primer piso y ahora bajaban despacio las escaleras que llevaban al vestidor principal. Los vieron llegar mucho antes de salir al patio. Ya se los identificaba como parte de algún equipo de rescate, de policías o de fuerzas de autodefensa, antes de llegar hasta ellos. Suspiraron, previendo el final de su pesadilla. Nobu sonrió y los señaló para que Reika se calmara.

—¿Lo ves? Ya están aquí, Reika. Estamos salvados.

Los tres hombres llegaron al umbral y salieron por las dobles puertas de cristal del instituto hasta el patio, donde se hallaban los estudiantes. Cegados por la luz, se llevaron las manos a los ojos. Uno de los hombres ordenó apagar las linternas. Cuando los estudiantes pudieron dirigir su mirada hacia ellos, se dieron cuenta de su error al prejuzgarlos.

Ni equipo de rescate ni ejército de autodefensa. Eran tres chicos, algo mayores que ellos y, a pesar de ello, tres chicos al fin y al cabo.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Nobu—. ¿Qué hacéis aquí?

—Vamos a poner las cosas claras, capullo. Aquí las preguntas las hacemos nosotros —dijo el chico del medio. Era tremendamente corpulento, lucía tatuajes en los brazos y el cuello y tenía la cabeza rapada—. Pero, sin que sirva de precedente, voy a contestar. Me llamo Ryuhei Katou. Aquí mis socios, Daichi Kita —señaló a su derecha a un gordinflón de pelo grasiento, pegado a la frente— y aquí Naoki Yoshida. —Señaló a su izquierda a un chico muy alto y delgado. Su cara era alargada y la barbilla y pómulos estaban fuertemente marcados. Sus ojos eran saltones, dando una apariencia inquietante. Llevaba una larga cadena enrollada a sus hombros—. Y sobre qué hacemos aquí… ella es la razón.

Se hizo el silencio más absoluto en el patio del instituto.

—Hola, Kaori Chan. Te dije que tenía que presentarte a un amigo.

Kaori, que apenas les había prestado atención y se dedicaba a darse pellizcos cada vez más fuertes para despertar, se sobresaltó al escuchar su nombre y empezó a comprender la frase y sus consecuencias. Miró para arriba y vio a la persona que había hablado. Era el gordo lleno de espinillas de la sesión fotográfica, y hablaba como aquel acosador de internet. ¿Acaso ambos eran el mismo tipo?

—Y ahora este —dijo Kaori en voz alta, cada vez más segura de que aquello no podía ser realidad. Le señaló con el índice, colocando el pulgar hacia arriba a modo de pistola, guiñó un ojo y cantó—: «Maaagic Clover, desapareceee de este mundooo». —Y encogió el dedo para disparar, como si de una pistola mágica se tratara.

Todos la miraron, creyendo que había perdido la cabeza.

Capítulo 3

Takako Heber

Takako Heber, hija del representante olímpico Ritchman Heber por Alemania en la categoría de mil quinientos metros de natación libre de los Juegos Olímpicos de Sídney, había perdido el primer puesto en la carrera. Le había ganado aquella compañera del club de natación de su nuevo colegio, la tal Azumi Sasaki.

Miró a la campeona. No se podía ser más anodina y vulgar. Nada en ella sobresalía. Cierto que su cuerpo era fibroso y sus piernas eran un portento. No obstante, ahí acaban sus virtudes. Los gritos de los compañeros y aficionados vociferaban el nombre de Azumi Sasaki sin parar. Hacía mucho que Takako no quedaba la primera en una competición, pero el club de natación de Shinagawa era el más prestigioso de la prefectura, y uno de los mejores de Japón. Por eso sus padres se habían trasladado hasta allí, con la esperanza de que, ahora que ya tenía catorce años, impulsara su carrera como nadadora y siguiera los pasos del padre.

—¡Extranjera, vete a Rusia a congelarte! —gritó alguien.

—Rubia, con esas tetas no se nada bien, ¿eh?

Takako retiró de su rostro las gafas de natación y se quitó el gorro; su pelo rubio cortado a capas a la altura del cuello quedó libre. Solo había un pelo así en toda la escuela, por no hablar de sus ojos, menos almendrados que los de la mayoría de japoneses y levemente azulados. Había nacido en Japón y su madre era japonesa, a pesar de lo cual, los rasgos arios de su padre estaban grabados en ella con fuerza. Tomó la toalla para secarse cuando Azumi se acercó, espléndida.

—¡Heber, una gran carrera, has quedado segunda! Vaya, casi me quitas el primer puesto. —Le tendió la mano, a lo que Takako respondió golpeándola. Algunas voces se elevaron sorprendidas.

—No seas condescendiente conmigo, Sasaki.

—No lo soy, ¿qué pasa contigo? Solo intento…

—No lo intentes, déjame en paz.

Y abandonó el terreno sin dignarse a recibir el segundo premio. Los Heber no eran unos segundones. Y se hizo un juramento. Ganaría a Azumi en la próxima carrera. Sería número uno del instituto, la prefectura y, pronto, estaría entre la élite del país. Solo había tenido mala suerte de encontrarse con alguien tan buena como la odiosa Sasaki.

«Mejor», se dijo. «Lo que no te mata te hace más fuerte».

Transcurrió un largo año entrenando como nunca. Pasaba tantas horas en la piscina como en las clases. Su musculatura aumentó levemente. Su cuerpo era un prodigio atlético y su cara, alargada y de marcadas facciones, nada convencional, era un reclamo para los chicos.

Las competiciones con otros institutos eran comunes y los medios de comunicación locales no tardaron en hacerse eco de la gran nadadora Takako Heber, promesa de la natación, y, por supuesto, de su bonita cara y precioso cuerpo. Más de un representante de revistas *gravure* se acercó a ella con amplias sonrisas y promesas de dinero rápido y fácil; los mandó a la mierda. Solo aceptó una sesión de fotos y entrevista cuando la revista Sunday Sports se interesó por ella.

Era una revista seria en la que entrevistaban a las jóvenes promesas y se interesaban por ellas, y no por mostrar a adolescentes semidesnudas para disfrute de los hombres adultos, revistas de la clase que Kaori Sato se moría por protagonizar, ya fuera junto a sus compañeras de Magic Clover o a solas.

Su padre se enorgullecía de ella; sus notas de clase, a pesar del tiempo justo que podía dedicar al estudio, eran bastante buenas, y su nombre empezaba a oírse en el mundo de la natación, por encima incluso del de la odiosa Azumi Sasaki. Pero ella no estaba en plenitud consigo misma; la obsesionaba ganar a su rival. Ni una sola vez lo logró en competición.

Los seis avanzaron con lentitud, iluminando el camino con la luz de sus móviles. El profesor iba el primero junto a Shiro Bando;

detrás de ellos, Azumi Sasaki, Yuu Watanabe y Takako Heber, y cerrando el grupo, Kaito Deguchi.

Lo primero con lo que se toparon fue con el autocar escolar volcado. Estaba en peor estado de lo que parecía desde lejos. Al acercar la luz de su teléfono, Azumi se sorprendió. Los cristales del vehículo se habían quebrado en miles de diminutos fragmentos y se acumulaban dentro y fuera del autocar. Su chapa estaba abollada hasta la exageración, recordando un acordeón. Partes del chasis se entreveían por toda la superficie y los neumáticos estaban sin aire, colgando flácidos de las llantas.

Afortunadamente, no había ningún cadáver dentro. Por otro lado, era lógico; el terremoto había ocurrido a la hora en la que los autocares debían estar de vuelta de dejar a los alumnos. Solo ellos seguían en el instituto por encontrarse en las extraescolares del club de natación. Si hubiera ocurrido el día anterior, les hubiera sucedido a los alumnos del club de kendo.

Dejaron atrás el ruinoso autocar y avanzaron, descendiendo por la avenida Miyamoto en dirección a las viviendas más cercanas y locales de comida. El instituto se hallaba en lo alto de la avenida, en una ligera elevación del terreno. A pesar de ser una zona en extremo conocida por los seis, parecía que estaban recorriendo un lugar que descubrían por primera vez, y no era un lugar agradable.

La oscuridad reinante se acrecentaba por esa constante llovizna que consistía en una mezcla de agua y ceniza y convertía sus uniformes escolares y rostros en una estampa de miseria y podredumbre.

—¿Un terremoto? —preguntó Takako en voz alta, volviendo con el tema—. Y una mierda.

—Ni un tsunami habría provocado lo que estamos viendo. —Kaito se limpiaba sus gafas manchadas con chorretones negros con su sucia camisa interior, malogrando su cometido de limpieza. Era todo un intelectual de la clase de tercero, sus notas eran de las mejores y su padre era uno de los arquitectos más importantes de la red ferroviaria de la prefectura de Tochigi. Atendieron a sus palabras —. Tenemos el mar a más de cincuenta kilómetros, aparte de que las calles deberían estar inundadas en ese caso, y no se observan

elementos arrastrados, por no hablar de que el instituto también debería haber sido inundado y destruido.

—¿Entonces de qué hablamos, Kaito? —preguntó el profesor—. Si no ha sido un terremoto ni un tsunami… ¿Un tifón? ¿Puede un tifón arrancar de raíz edificios de más de diez pisos?

Los cinco miraron a Kaito, esperando su confirmación. Él se encogió de hombros.

—Es verdad que hay tifones que han devastado ciudades enteras. Sin embargo, no había aviso ninguno sobre el acercamiento de ningún tifón a la zona. Aun así, creo que es la teoría más plausible.

—¿Y el instituto, Kaito? —preguntó Takako, con su habitual forma de hablar acusadora—. ¿Por qué está en pie y ni siquiera se ha roto una sola rama de árbol?

—Lo único que se me ocurre, aunque sea descabellado, es pensar que el tifón golpeara en la tierra en el mismo instituto, creando un ojo de huracán justo ahí. Es la parte más tranquila dentro de la tormenta.

Takako negó con la cabeza. No le convencían las explicaciones del empollón, pero decidió no decir nada más.

—En cualquier caso, tenemos que ver si alguien necesita nuestra ayuda —declaró Shiro, esperanzado.

Yuu asintió. Les sacaba una cabeza a todos a excepción del profesor, y quizás por ello fue el primero en señalar hacia delante.

—Ey, mirad allí. Creo que hay algo.

Siguieron avanzando. A unos setecientos metros el terreno empezaba a descender de manera ostensible. Se acercaron en silencio; solo sus pisadas se escuchaban en lo que parecía una ciudad fantasma. Una de las seis luces se apagó.

—Adiós, batería de móvil —anunció Takako, y lo guardó en el bolsillo de su minifalda plisada.

Cuando se acercaron lo suficiente, observaron que el terreno que descendía abruptamente, unos dos metros por debajo del nivel del suelo, estaba inundando por el agua. Hasta donde llegaba su visión… solo agua.

—Aquí tienes tu agua, Kaito —dijo Azumi, que se acercó hasta el precipicio—. ¿Volvemos a la teoría del tsunami?

Los otros cinco se acercaron, con cuidado.

—¿Hasta dónde llegará? —se preguntó Kiyoshi.

—Con lo poco que se ve… —contestó Azumi mientras alumbraba lo más lejos posible con la luz de su teléfono—. Lo mismo son unas decenas de metros que kilómetros a la redonda.

Notó que algo se movía a sus pies. Yuu estaba sentado, quitándose los mocasines.

—¿Qué haces, Yuu? —preguntó, sorprendida.

—Bueno, si no podemos avanzar a pie, habrá que nadar —contestó—. Al fin y al cabo, somos grandes nadadores —sonrió.

—Buena idea, Yuu. —Shiro se sentó y empezó a descalzarse.

Final del fragmento del libro Kindle.
¿Te ha gustado el fragmento?

Comprar ya
O
Ver detalles de este libro en la Tienda Kindle

00000>